

# Bardem, su Obra y sus Opiniones

751

por Sebastián Salazar Bondy

Hace unos años, en el chato panorama de la cinematografía española, apareció un verdadero creador: José Antonio Bardem. Se trataba de un director en el más amplio y deseable sentido de la palabra.

Es decir, de alguien que no se concretaba a fotografiar en la cinta un tema y un libreto determinados, del modo más eficaz posible, sino que intentaba hacer, antes que nada, una obra de arte. Con pupila realista, no exenta, sin embargo, de una sutil visión poética, Bardem realizó, entre otras, películas como "Calle Mayor", "La Muerte de un ciclista" y, recientemente, "La venganza". Le llorieron los premios europeos y su personalidad se situó sin mayor dificultad entre las más destacadas de la pantalla mundial. En la actualidad filma las encantadoras historias del Marqués de Bradomín, de Valle Inclán, y por primera vez, con el fin de realizar la famosa "Sonata de Estío", que transcurre en México, ha salido a trabajar en su arte y su oficio fuera de su patria.

Una entrevista de prensa concedida en el país azteca ha dado oportunidad a Bardem para decir algunas cosas a propósito del arte fílmico que pueden ser consideradas como manifestaciones de un nuevo punto de vista sobre el cinematógrafo. "El cine —ha afirmado ahí— es el más fabuloso medio de expresión estética, y el de mayor influencia..." Pero enseguida, luego de esta tajante opinión, ha establecido los límites de ese medio creador: "Es tonto querer luchar con la novela y el teatro. En una época se creía que en el cine podría hacerse todo, pero el cine tiene un dominio específico que no coincide con la novela. Para mostrar un proceso de introspección psicológica es mejor la novela que el cine. Para lograr el ambiente de un mundo resulta mejor la película que otra forma de expresión". De tal modo, pues, que la pantalla y sus imágenes tienen un campo preciso, que de ninguna manera pueden rebasar sin conspirar así contra la

calidad del logro estético a que aspiran. El cine recoge novelas, pero no las supera, ni las elimina, ni las reemplaza. En todo caso les procura una atmósfera —que la descripción, aún siendo magistral, no puede obtener— con mengua de la honrada interior de los personajes



y sus conflictos. Tal vez a esto se refirió Azorín, sin dar directamente en el clavo, cuando sostuvo que "el buen cine se hace con mala literatura".

En cuanto al teatro Bardem sostiene que el cine "es como un filtro para él", ya que lo reduce a su terreno propio. "Las cosas más deleznable —dice— van al cine. Ya no se sacan en el teatro caballos y locomotoras. Eso queda para la pantalla. El cine depura al teatro como la televisión depurará al cine". La experiencia —más de medio siglo de cine— ilustra bien la certeza de las verificaciones de Bardem. La escena dramática no está en crisis, pese a la supuesta competencia de las salas cinematográficas. Los países con industria fílmica no han visto el desastre del drama, sino, al contrario, una tonificación del teatro, una especie de renacimiento. No hay emulación porque los intereses son diferentes, y cuando se encuentran, se complementan. Por cierto que el arte del celuloide

atraviesa por caminos espinosos: las adaptaciones de obras de teatro y novelas sirven a la rentabilidad del producto y explotan ciertos aspectos secundarios del argumento. "Generalmente —concluye Bardem— se escoge lo malo y se produce la anulación del espectador a base de una mezcla de violencia y sexo". Si se le hurtan los problemas, si se le adormece con drogas espirituales, el individuo va al cine y se daña.

¿Qué es el cine para Bardem? Algo muy simple: "El cine es el testimonio de un momento dado". En concreto, un documental, pero no un documental superficial y vacío, sino sobre las acciones humanas y sus raíces. Usando una fórmula norteamericana —"entertainment"—, el director catalán define: "Se trata, en el cine, de un proceso creador para espectacularizar dramáticamente la realidad". Claro que la medida en que ello se logra depende de la estructura de la sociedad en que los cineastas viven y obran, pero ahí donde sea más duro actuar (vale decir, manifestarse libremente), el hombre de cine, hombre característico de nuestra época, estará más obligado a testificar. Bardem, en España, lo ha conseguido, pese a todos los obstáculos, y ello es prueba del poder de una voluntad y un talento decididos a hacer.